

## PRECIO DE SUSCRICION.

## EN MADRID.

Por un mes. . . . .	6 reales.
Por tres id. . . . .	46
Por seis id. . . . .	32
Por un año. . . . .	60

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,  
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.

## PRECIO DE SUSCRICION.

## EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. . . . .	24 reales
Por comisionado. . . . .	26
ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.	

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,  
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.



# GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

## ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincia, cuyo abono termina en agosto, se servirán renovarlo oportunamente, si no quieren experimentar retraso. La administracion tiene que dar de baja al que no haya renovado la suscripción para el primer reparto del mes próximo.

Como suelen estraviarse muchas cartas con sellos, creemos que el medio mas seguro es una libranza sobre el giro mútuo ó sobre cualquiera casa de comercio de esta corte.

## EL NUEVO JÚPITER.

## I.

## En el Olimpo.

Los dioses acaban de vestirse. Minerva se lava la cara, Pluton se corta las uñas, Mercurio se ata las alpargatas y Venus se da con la tohalla de idem.

En el reló de los tiempos, que siempre tiene cuerda, suena la hora fatal.

Mercurio.—¡Dioses inmortales!

Venus.—(Interrumpiendo.) Eso quisiera yo.

Pluton.—¡Calle la muy...!

El dios Pan.—Caballeros, al orden.

Todos.—En hablando Pan, todo el mundo boca abajo.

Mercurio.—Si Vds. me lo permiten, les anunciaré la llegada del hijo de... su madre.

Venus.—¡Que se me presente!

(Se presenta D. Leopoldo disfrazado de Júpiter.)

D. Leopoldo.—Aquí estoy yo.

Venus.—(Aparte.) Este dios no me hace tilin.

Marte.—(Dándole la mano.) Choca, compañero.

Leopoldo.—¿Puedo hablar?

Minerva.—Lo que es bien, no hablará Vd. nunca.

Leopoldo.—Vengo á despedirme de vosotros, dioses de misa y olla, y me largo á España armado del rayo.

Luzbel.—(Que por detrás se parece á Posada.) Yo me voy con Vd., compadre.

Leopoldo.—Andandito.

Pluton.—¡Alto ahí! ¿A qué vais á España?

Leopoldo.—A dar de comer al hambriento. Llevo en la mano el rayo, ó lo que es lo mismo, la revolucion. El día que me pongan mala cara, abro la mano y dejo salir un trueno; si encuentro mas resistencia, doy largas á tres kilómetros de revolucion... y así que vaya consiguiendo mi objeto, iré encerrando otra vez el rayo entre mis dedos.

Luzbel.—(Que se parece á Posada.) Yo le ayudaré á llevar á cabo nuestra obra.

Leopoldo.—Que me toquen la marcha.

Euterpe.—¡Guerra, guerra al feroz africano!  
El nuevo Júpiter descende del Olimpo. Luzbel, que se parece á Posada, se agarra á su casaca.

## II.

## Victoria en toda la linea.

Leopoldo.—¿Por dónde empezamos?

Luzbel.—Por el principio.

Leopoldo.—Pregunto que cuál es el principio.

Luzbel.—El que está antes del postre.

Leopoldo.—¿Cómo?

Luzbel.—Coma Vd., y ese es el principio.

Un obispo.—(Desencañando un Cristo.) Yo no reconozco á Italia.

Leopoldo.—Ya pareció aquello.

Luzbel.—Suelta Vd. un trueno.

Leopoldo.—Alla vá. (Abre la mano, suena un trueno, sale un rayo, y el obispo se mete en su concha, digo, en su diócesis.)

Luzbel.—Cierre Vd. ya la mano.

Leopoldo.—Pues recojo el rayo y á casita.

## III.

## Tenorio.

Luzbel.—(Llamando.) ¡Júpiter, Júpiter! Si estará roncando... ¡D. Júpiter!

Leopoldo.—¡Que no soy sordo, canario! (Asomándose con gorro de dormir.) ¡Hola, es Vd.! ¿Qué le trae por mi quinta tan de mañana?

Luzbel.—¿No sabe Vd. la gorda?

Leopoldo.—Ni la flaca.

Luzbel.—Tenorio está en Zarauz.

Leopoldo.—¿Qué me cuenta Vd.!

Luzbel.—Es preciso arrojarle de allí.

Leopoldo.—Soltaremos un rayo.

Luzbel.—Sí, abra Vd. la mano.

(Al día siguiente, veinte periódicos gritaban desenfrenados.)

Un periódico.—¡Zarauz!... Allí hay enemigos de la situación...

Otro.—¡Obstáculos pérfidamente tradicionales!

La opinion pública.—¡Qué escándalo! ¡Qué alboroto! ¿Me quiere Vd. explicar eso de Tenorio?

Una voz. (En lo alto.)—¡Tenorio se fué!

Luzbel.—Cierre Vd. ya la mano, Júpiter.

Leopoldo.—Apago y vámonos.

(Consecuencia: los periódicos fueron denunciados por lo mismo que el día anterior digeron con beneplácito de Júpiter.)

## IV.

## La vuelta del hijo pródigo.

Mercurio.—¡Dioses inmortales!

Pluton.—¿Qué nos quieres?

Mercurio.—Aquí llega Júpiter.

Leopoldo (entrando).—Con permiso.

Venus.—Vd. lo tiene, so esgalichao.

Leopoldo.—Todo queda arreglado á satisfaccion.

Luzbel.—Hemos hecho una gran campaña.

El Dios Pan.—¿Cómo queda el trigo?

Luzbel.—Por las nubes.

Marte.—En ese caso puedes rendir las armas. Vengan los rayos.

Leopoldo.—¡Calle! Ahora que caigo en ello... Con tanto abrir y cerrar la mano, se me han escapado, y andarán por España haciendo de las suyas.

Mercurio.—Me lo figuraba, hombre.

Venus.—¿Y quién se atreve ahora á recoger esos rayos, sin que se abra la mano?

Leopoldo.—El demonio que se atreva.

Luzbel.—No, lo que es yo no me atrevo.

Marte.—¿Tendré que ir yo á recogerlos? ¡A ver, que me traigan un ejército!

El Dios Pan.—¡Imposible! No hay soldados. Todos se han hecho milicianos nacionales.

Minerva.—Estamos perdidos.

Venus.—Yo sudo. (Se limpia con su tohalla.) ¡Yo no puedo vivir sin la tropa!

Mercurio.—Aun hay esperanza... ¡Llamaremos al duque de la Victoria!

Leopoldo.—(Cayendo redondo.) ¡Gran Dio, morir si giovanne!

Luzbel.—(Filosofando un poquito.) ¿Y para esto ha trabajado el diablo?

(Se corre una nube, y el Olimpo queda á oscuras.)

Luis Rivera.

## LA ARMONÍA.

(Sociedad nea.)

Se levanta la sesion. El presidente reza la letanía, y los sócios hacen dos cuartos de lo mismo.

Se lee el acta de la sesion anterior. Se da cuenta de los neo-católicos que están sobre las armas, y la estadística católico-revoltosa, arroja una suma total de diez y seis individuos en la península é islas adyacentes.

Un señor bastante feo pide la palabra. Se le concede, y comienza de esta manera:

Señores: Grande es mi sentimiento al verme colocado en este sitio; pero ¿qué le hemos de hacer? Por todo pasa uno. ¡Yo soy neo-católico desde que el mundo es mundo! (Sensacion. Codazos. Algunos sócios escupen de entusiasmo.)

¿Conocisteis vosotros á Torquemada? Yo no tuve el honor de conocerle; dichosos nuestros padres que le conocieron; pues si no me equivoco, fué contemporáneo de Pepe Hillo. ¿Y quién será el que se atreva á



negarme la influencia que el papel de estraza puede tener en una civilización nueva? Sí, señores; con un papel así, me río yo de todas las prensas y de todas las máquinas de imprimir. Porque... no lo dudeis; la imprenta es un mal. (*Señales de aprobación. Un seminarista se desmaya.*)

Yo estoy convencido hasta encima de la copa de mi sombrero, de que si el espíritu liberal no fuera hoy el rey del mundo, ni *La Democracia* me diría cuatro verdades, ni *La Iberia* me pondría las peras á cuarto, ni *La Discusión* me buscara el bulto, ni GIL BLAS tendría una suscripción tan numerosa como la que tiene. (*Aplausos. Alaridos de gozo. Vértigo general.*) Pues bien, señores; llegado es el caso de que todos á una, decididos como quien va á comer á la fonda del Sur, nos pongamos las botas, como dice el vulgo, nuestro enemigo. (*Varios socios que llevan zapatos, se retiran precipitadamente del salón.*) ¿No hay un proverbio que dice «á Dios rogando y con el mazo dando»? ¿No hicimos en la Rápita lo mismo, ni mas ni menos que aquel que hizo lo que pudo y no hizo nada? ¿Pues por qué no hemos de intentar una lucha que deje avergonzado al elefante que ha luchado en Huesca con un toro de siete años? ¡Ah! ¡señores! *Ordo ducit ad deum*, y el que mas pueda, que se la lleve. Viván las cadenas, y digamos con el ángel: «*Abre, Marta.*»

La reunión, ebria de placer, frenética, fuera de sí aplaude al orador, le abraza, le besa, le muerde, y hay quien propone que se le erija una estatua ecuestre, en calzoncillos. Pasemos por alto dos ó tres discursitos que pronuncian otros tantos oradores, y oigamos á los poetas. ¡Oh! ¡Quién tuviera el genio y la inspiración de Estrada, la elocuencia de Armero, y la elegante forma de Camprodon, para decir algo en elogio de aquella juventud incandescente!

Oigan Vds.,—y perdonen.

Se adelanta un caballerito vestido de negro, y llevando en la mano una composición que tiene por epígrafe estos dos versos de un conocido escritor:

Yo soy joven, y tanto, que hay un pleito,  
sobre si ya me afeito ó no me afeito.

Y después de citar estos dos versos, lee las siguientes décimas:

Yo soy joven; y he nacido  
como nace todo el mundo;  
pero yo creo, y me fundo,  
que soy, ¡ay Dios! elegido.  
No quiero decir que haya yo creído  
que me elijan senador,  
sino que por mi fervor  
y leer *El Pensamiento*  
creo que soy, y no miento,  
elegido del Señor.

¿Visteis en el mes de abril  
crecer entre los fulgores  
del sol que cuida á las flores,  
un sensible peregril?  
Pues lo mismo en el pensil  
de esta nación y su grey  
realista de pura ley,  
hijo de padres honrados,  
me doy con el niño de la bola de bocados  
por la inquisición y el rey.

¡Bravo! ¡Bravo! gritan los socios mirando con gemelos de doce cristales al poeta. Este se retira, y da paso á otro que anuncia que va á leer una oda á la memoria de Felipe II, y de la cual, para evitar disgustos, no trasladaremos aquí mas que algunos trozos de los mejores.

No las damas, no amor, no gentilezas  
de caballeros cantó enamorados,  
ni tampoco el valor y la grandeza  
de algunos perillustres resellados.  
Quiero cantar al primer rey del mundo,  
al gran Felipe, de apellido segundo.

¡Aquel sí que era un rey! De una mirada  
volvía vizco al sol. Cuentan que un día  
le arrimó á un primo suyo una puñada  
que en sangre le bañó toda una encía.

Cierto es que tuvo algunos trapicheos,  
y la princesa de Eboli era guapa;  
pero, ¡ah! señores neos,  
¡qué encéflica, gran Dios, le soltó el papa!

Un nuevo vate aparece en el centro de la sala como llovido del cielo y lee:

*Imitación de Frey Lope Félix de Vega Carpio.*

A San Sebastian me voy,  
de San Sebastian me vengo,  
porque para andar conmigo  
me bastan cinco ó seis neos.

Otro poeta lee una composición que principia de esta manera:

Oh María  
madre mía,  
ya ves que yo rezo  
la letanía.

Soy puro y honesto,  
sobre alhajas presto,  
y á real por duro  
saco á cualquiera  
de cualquier apuro.

Decirles á Vds. todo lo que allí se dice, fuera cuento de nunca acabar; pero para muestra basta un botón, y creo que les he regalado una botonadura de lo mas decente que hoy se hace en su género.

Eusebio Blasco.

## Y LLEVO SIETE.

¿Conque han corrido una mona  
los neos en Uldecona?  
mucho el asunto promete;  
¿otro Carlos se corona?  
pues con este llevo siete.

Sumemos sin vacilar  
para que el mundo lo entienda,  
y si sabe y há lugar,  
señor ministro de Hacienda,  
ayúdeme usted á sumar.

Sume Vd. aquel maton  
que al grito de religion  
llevó á Alemania el estrago  
y los moros á un rincón,  
muriendo como un monago  
de resultados del ayuno...  
y llevo uno.

Añada Vd. aquel rorro  
fanático sin saber,  
mezcla de tigre y de zorro,  
que, según se deja ver,  
solo tuvo grande el morro,  
y eso porque quiso Dios...  
y van dos.

Coloque Vd. en seguida  
al que justo como honrado,  
dejó al acabar su vida  
á Madrid tan aumentado  
como á España disminuida  
y de extraños á los pies...  
y llevo tres.

Sumemos aquel mañón,  
cazador, y no de gangas,  
que dió sin humillación  
á cambio de uno de mangas  
su corte á Napoleon,  
como quien vende un teatro...  
y van cuatro.

Y haga usted al llegar aquí  
un punto casi redondo,  
que como el asunto es hondo  
quiero sumar para mí.

Sumo al que en discordia impía  
mientras la sangre corría,  
tranquilo estaba en Oñate,  
tomándose un chocolate  
con el pan... de cada día,  
entre si brinco ó no brinco...  
y llevo cinco.

Añado á la colección  
el que vino en la tartana,  
y no se fué en carreton  
porque hizo una abdicación  
de la noche á la mañana...  
que olvidó como sabeis;  
y van seis.

Sumo por fin al rapaz  
que vive por gente audaz  
engañado como un chino,  
sin usar otro disfraz  
que el de la sombra de Nino,  
y haciendo en serio el sainete,  
y llevo siete.

De estos siete que me llevo  
lo menos seis os regalo;  
y si con uno me atrevo,  
es por si en un trance nuevo  
me hace falta un rey de palo.

Ya tengo cetro y corona,  
venga una escoba de caña  
alta como una persona,  
y pronto daré á la España  
un rey como el de Uldecona.

M. del Palacio.

## EL MONTE CARMELO.

Inmediato á la impía Barcelona, rodeado de soledad, y en medio de bulliciosos pueblecitos, asoma la mirífica gaita el Monte Carmelo.

¡Bonito nombre!

El monte no es del todo áspero, por lo cual no es de extrañar que no tire á él la lasciva cabra á pacer el *cytisum amarum*, y si unos buenos cristianos que venden escapularios.

La reja del monasterio de Monserrat, y perdónese la digresión, era desde muy larga fecha productiva.

Allí se acrisolaba muy especialmente, y casi sin competencia, la piedad de los fieles.

La venta de objetos bendecidos atraía á la reja gran copia de concurrentes.

Rosarios, medallas, relicarios, sortijas, libros, santos Cristos, escapularios, cintas con la medida de la Virgen, muy útiles para las preñadas, libros, folletos y otras preciosidades que no recuerdo, constituyen el fondo mercantil de la empresa.

La reja de Monserrat imperaba sin rival, constituyendo, si así puedo espresarme, un devoto monopolio.

La afición á la imagen de la Virgen iba en aumento, á medida que los catalanes se apartaban de la antigua idolatría, y esa afición, ó mayor devoción, crecía de punto, en términos que inspiró el siguiente raciocinio, tan sesudo, tan profundo y tan sencillo, que parece inspirado por el mas puro amor al que todo lo puede.

Hé aquí el raciocinio:

Gran devoción inspira la imagen de la Virgen de Monserrat, y gran producto rinde en su monasterio la venta de objetos bendecidos.

Grande es también la devoción que inspira la imagen de la Virgen de la Bona Nova; ¿por qué no había de ser también productiva la venta de objetos bendecidos en su templo?

Y como el carácter español es tan emprendedor, y sobre todo tan animoso en materias de fé y de vender y comprar, amaneció un día la iglesia de la Bona Nova con su despacho de objetos bendecidos, y es una bendición el ver la marinería, la agricultura, la beatería, en fin, las clases mas poseídas de verdadera fé, cómo acuden á dejar el cirio y la pierna y el ojo de cera, y el cuadro de ex-voto; al paso que se llevan por un precio, que creo que mas que precio es limosna, los escapularios, los relicarios, las crucecitas, y por último, lo referente á ese ramo,—todo aseadito y bendecido.

Dignas competidoras ambas rejas, ofrecían á la piadosa muchedumbre cuanto de santo ofrecer podían á cambio de ese vil metal que llaman oro.

Mas en tanto...

Aquí termina la digresión.

Mas en tanto Valcarlos yacía solitario, frecuentado solo por gente merendadora y bromista, por lo general poco religiosa; gente de aquella que no sabe de